

Cuentos: Coches de niños y Hugo Wolf Court

José Balza

COCHEs DE NIÑOS

Al tercer día y justo donde la inmensa avenida se transformaba, fue cuando Erja Vetterranta dio importancia única al detalle.

Para entonces era veinte de abril, el cielo seguía siendo esmalte de azul claro y la temperatura demasiado fría, aunque los tulipanes de los pequeños jardines centrales asomaban ya sus cabezas poderosas y de sutiles colores.

Acababa de abandonar el hotel y caminaba con prisa porque había descubierto de repente que el sweter elegido no era suficientemente protector. Y no podría devolverse: estaba casi segura de que alguien la observaba. Notó que el tráfico era fuerte, mientras que en las amplias aceras todavía andaba poca gente.

Pronto alcanzaría el subway, pero inesperadamente detuvo un taxi y lo abordó. Debía estar ya en Broadway con la 79. Dentro del auto le pareció que el sol era más fuerte afuera.

Y entonces advirtió que el curioso detalle volvía a repetirse prácticamente en cada cuadra: alguna madre presurosa, ligera la bufanda colgante, empujaba con cuidado un par de cochecitos.

Como en los días anteriores, Erja supuso que la capota estaría algo inclinada, que los niños irían abrigados; que ambos cochecitos transportaban muellemente su preciosa carga; que la multitud, dentro de poco y como antes, no los tomaría en cuenta, a menos que alguien hiciera un gesto de ternura hacia los pequeños.

Esto de ahora era exactamente lo que había estado notando, al caminar por la inmensa avenida, desde su llegada. Quizá entre la 60 y la 100, la abundancia de aquellas madres rubias con sus dobles bebés, resultara inusitada. Pero ni ella misma hasta anoche, había destacado el hecho.

La calle rutilante de los espectáculos cambiaba al desembocar en Columbus. El parque parecía domesticarla. Luego venían los edificios sobrios, como ese de alegres rombos que está en construcción, y las grandes tiendas que no duermen. Y entonces los árboles de la isla central otorgan a la avenida un tímido aire familiar, con hierba delicada al pie y los frescos tulipanes pujantes.

Había sido desde ese cambio de la calle cuando comenzó a notar el excesivo y raro transporte de los niños.

¿Desde cuándo ocurría así? ¿Podía estar presenciando una prueba tan rápidamente? ¿O precisamente por tal detalle había sido enviada aquí? Su Oficina de Servicios la hizo viajar meses atrás desde Helsinki —donde ha trabajado siempre— a Tel-Aviv. Bajo la apariencia de una especialización en negocios, dictada por organismos oficiales, recibió la información secreta: ya había sido seleccionada la ciudad en que se realizaría el gran ensayo. Ensayo que sería, descubrió ella con asombro, una prueba decisoría, si no la única y la última. Dentro de los entrenadores, un científico, disidente local y miembro de su Servicio, sólo de manera directa les había transmitido la información. Tenía ya tres días aquí. Primero el cansancio de un viaje en zig-zag; luego la aparente libertad de que gozaría durante una semana. El discretísimo hotel en que había sido ubicada—un lugar para profesores extranjeros por la 74. Por lo demás, estaba preparada, como los otros anónimos especialistas de su Servicio.

¿Eran responsables algunos dirigentes de Tel-Aviv del proyecto y la prueba? ¿O la ciudad sirvió de enlace a su servicio para disimular el verdadero centro, ubicado en alguna otra zona del planeta y concebido y dirigido por otra nación? Ella nada sabía al respecto o poseía datos que sólo con el desarrollo posterior de las cosas iban a adquirir coherencia. Su entrenamiento en aquella ciudad podía ser comprendido como la negación de que ésta formara parte del asunto; o de que en un gesto audaz, todo se originara allí.

Cuando recibió el boleto con destino a la ciudad de New York, supuso, era obvio que los superiores de su Servicio ya habían establecido el itinerario secreto. Pero el

hecho de que no se le dieran instrucciones al respecto también podía significar que, como ella, muchos agentes estaban siendo colocados en importantes ciudades del mundo.

Tuvo el impulso de detener el taxi y bajar a una Estación. Le habría gustado acercarse a una de aquellas primeras mamás que ahora comenzaban a diluirse en la multitud creciente, y observar detenidamente, haciendo algún comentario cariñoso acerca de los bebés.

Pero eso resulta peligroso, sobre todo en estos momentos cuando está segura de haber sido espiada desde su salida del hotel. ¿O desde antes?

Evoca entonces los dos días anteriores, sus paseos de las mañanas y las tardes. En cada ocasión había encontrado a las madres con sus cochecitos para niños. (Un máximo de tres por cuadra) Desapercibidas entre escolares y otras mujeres. Quizá sólo notables en las esquinas, al agruparse con el cambio de los semáforos. Y aun así nadie hubiera percibido algo extraño.

Madres, niños, sí, pero dídimos. ¿Una casualidad en esta zona de la ciudad? ¿Efecto de la vida regularizada, de la novísima alimentación? ¿O, acaso, efectos de un cambio genético?

Ayer, cuando se descubrió pensando así, sintió un sobresalto. Aprovechó los instantes en algunas esquinas y observó con cuidado a varios de los transportes infantiles. (¿Fue descubierta precisamente al hacer eso?) Bajo la pequeña pantalla protectora, rostros de niños sonrosados, sanos, complacidos. ¿Exageradamente normales?

No, se trataba de una casualidad. Este paraíso infantil simbolizado por madres cuidadosas y pequeños acunados dulcemente carecía de misterio, de peligros implícitos. ¿Su reiteración? Otra coincidencia, quizá un resultado positivo de fármacos, de

investigaciones, de la potencia erótica. En esta ciudad, como en todas, a cada paso hay un expendio de medicinas, tan actual que vende desde joyas y refrescos hasta sustancias sorprendentes.

Y como contraparte, ni una señal acerca de la situación desde su Servicio. ¿O esa discreción era también una manera de destacarla?

En su bolso, la mínima computadora. En su pulsera, un teléfono invencible. ¿Debía llamar, consultar? Volvió a pensar que debería detener el taxi. Había dado una dirección popular, vista en los planos de la ciudad. Desde allí, ella tenía que elegir un tren u otro taxi, hasta que el Servicio mismo la localizara. Estaba pautado.

Y era el tercer día acordado, antes de que concluyera la semana libre. ¿Una práctica, un simulacro? O un índice especial en la agenda de los Agentes. Poco después de ese contacto, lo intuía, comenzarían sus acciones concretas. Por lo menos así lo había concebido ella.

Trató de calmar la leve, inquietante sensación de alerta que la acompaña desde su salida del hotel. Nunca ha desobedecido a ese sentimiento. Sus años de experiencia y esta singular misión eran la evidencia de su calidad como empleada. ¿Quién podía imaginar –lo sabe, siempre lo supo– que con su delicadísima figura de balletista, su claro pelo largo, su andar elegante y frágil, poseía la fuerza de un deportista único? ¿Quién podía hallarle semejanza con los agentes secretos?

Pero, se dijo mientras las esquinas escapaban por la ventanilla como luces brillantes, ¿y si ella estaba absolutamente sola en la ciudad? ¿Si tenía que identificar, atender y resolver exclusivamente a su manera lo que pudiera estar ocurriendo?

Entonces no había sido ubicada en ese hotel inocentemente: estaba en el centro del

peligro, cualquiera que éste fuese, para que lo notara y lo calibrara. Y para que propusiera una respuesta. En su bolso reposan recursos extraordinarios. ¿Y si los niños no eran el señuelo?

Antes de arribar a la ciudad ya había sopesado ciertos elementos de la misión: no, esta no era una lucha entre enemigos, enemigos comunes. Erja se sabía, como siempre, en la magnífica vida que el Servicio permite a sus Agentes. Numerosas veces había resuelto casos y peligros. Pero en esas ocasiones tuvo alguna claridad para detectar a los contrincantes. (Su Servicio nunca definía a los opositores; el núcleo mismo del Servicio podía considerar cuándo un enemigo dejaba de serlo; todo a su favor)

En la tarea de hoy, Erja vislumbra de repente poderes opuestos nunca antes presentidos. Sí, esta vez se trata de alguna disyunción entre Estados. Gobiernos que han iniciado la destrucción de otros, o su transformación; un Estado que inicia cierta experiencia dentro de sí mismo: la creación de algo definitivo, de una nueva colocación para la realidad. Algo que, en verdad, tal vez no signifique peligro para nadie: una sustitución del mundo como había sido. Y ella es el testigo privilegiado que lo registrará con eficacia, con naturalidad. Pensar esto la hizo sonreír. ¿O era que había amanecido insegura, aprensiva, aunque estaba acostumbrada a la soledad, a los cambios?

El mandato había sido no comunicarse. Esperar. Y resumir su pensamiento cuando tuviese la seguridad de algo. El mínimo dispositivo que recibiría las sospechas y conclusiones de ella también estaba en su muñeca. Bastaría con aplicar algunas claves para informar. (¿Informar a quiénes, a dónde?)

Detuvo el taxi y caminó un poco. La mañana adquiriría calor. Estaba en una zona residencial, con cierto tráfico. Vio asomar por una esquina

a una mujer con dos cochecitos. Erja debía beber pronto algo caliente. Observó su muñeca y el aro de metal. Tuvo por segundos el deseo de escapar, de renunciar a aquella misión. Respiró hondamente. Imposible. No tenía vida aparte ni lugar en el mundo. Todo lo suyo estaba milimétricamente registrado en algún archivo de su Servicio.

Mientras caminaba hacia un Café, dos madres jóvenes y robustas pasaron a su lado conduciendo pares de cochecitos. No parecían conocerse entre ellas. Columbró las faces saludables de cuatro pequeños.

Había llegado a este sitio común por sí misma –o eso creyó decirse. Tenía la opción de modificar su itinerario. Bebería un té. Y, ya sentada, mirando por los cristales el suave paseo de alguna otra madre con sus cochecitos, desde esa mesa anónima, fríamente Erja decidió pulsar las teclas señaladas. Prefería arriesgar todo de una vez. Recibiría un regaño o causaría un trastorno impredecible. Pero algo así también podía permitirse una mujer bella; algo que podía ser su único gesto de libertad.-

NYC, 2006

HUGO WOLF COURT

1

La casa hace esquina y está rodeada de un breve muro sobre el cual crecen eternamente plantas. Es la esquina de la calle Hugo Wolf. El muro y la casa poseen colores apastelados. Callejuelas impecables desembocan allí, cerca de una avenida principal.

Aunque la casa es pequeña, adentro todo parece amplio: una habitación con grandes ventanas; sala, comedor y cocina juntos.

Un baño espacioso. Y las instalaciones más eficaces: redes electrónicas, teléfonos que parecen seguirte los pasos, lavadora mínima, muebles de jardín.

Despierta temprano y se asoma. El silencio es absoluto, aunque autos muy actuales pasan por la avenida. Realmente sólo ahora, por primera vez, está mirando. Después de un largo y fastidioso vuelo arribó anoche al descomunal aeropuerto: había tenido vértigo al vislumbrar desde su ventanilla decenas de aviones debajo y sobre él, que se elevaban o iban a aterrizar.

Alguien lo recibió y lo condujo durante tres horas por impulsivas autopistas, hasta esta casa. Apenas hablaron y con gentileza la persona le entregó las llaves y le indicó algunos detalles. Durmió pesadamente.

Sólo encuentra agua, café y azúcar. Prepara una taza cargada, que resulta insípida. Se viste rápidamente y decide explorar un poco; el clima es fresco. Recorre varias cuadras con casas similares. Autos lujosos en los garages. Vive en el declive de una colina: debajo hay edificios, pero están más lejos de lo que pensó.

Regresa a la casa. Es increíble que un país tan avanzado lo hubiera elegido a él para dictar ciertos talleres aquí. Ha venido por un semestre. En el lapso ganará más que durante dos años en su país. No vaciló en aceptar. Una de las secretarias, allá, comentó que así comenzaban a llevarse la gente que les interesaba. Dentro de sí tampoco vaciló: él no se iría por largo tiempo, nunca.

Cuando entra, el teléfono está sonando. Toma el auricular más próximo a la reja del jardín. Es Gertrudis. La voz llega clara pero como cubierta por un velo. Ella habla desde el otro lado del mundo. Todo está bien, se tranquilizan mutuamente, con afecto.

Cuando le dejó este número, semanas atrás, nunca pensó que sería de ella la primera llamada. Se aman, hacen regularmente el

amor (él, con la rara intensidad que le suscita Gertrudis: como la primera vez), aunque ella no ha terminado de divorciarse y él cree que nunca lo hará. Desde hace años considera como un privilegio su relación, pero él sabe que no soportaría vivir cada minuto al lado de alguien tan infantil, tan desordenada, alguien que parece no tener opiniones propias.

Pero cuando terminan de hablar advierte que en verdad están muy lejos y un raptó de cómica ternura pasa por su pecho.

Vuelve a beber el sórdido café. Y ahora sí llama alguien de la empresa. Lo recogerán pronto. Van a mostrarle la zona de trabajo, su oficina.

2

Los espacios de la empresa eran francamente inmensos, retenían a una población entera. El estaba en una de esas casas para invitados, pero muchos de los empleados –del país o extranjeros– habían terminado comprando sus hogares allí mismo. Cuando más tarde visitó los laboratorios de la universidad más próxima, comprobó que la empresa crecía como un campus, con sus tiendas, cines, librerías, clubes. Hasta un sitio para jazz y verdaderas juergas existía allí.

Senderos arbolados, edificios blindados y laberínticos por dentro. Una fría y casi cortante gentileza en todos. En dos semanas parecía haberse adaptado a horarios, hábitos, tareas. Tenía a su cargo a doce personas jóvenes, con quienes algunas inflexiones del idioma –aplicado por él– resultaban desconcertantes o divertidas. Volvía a casa preocupado no tanto por los conocimientos que exploraba con ellos sino por la seguridad de sus expresiones. Una sensibilidad que desconocía, ¿cómo había podido confundir una sílaba? Despertaba en la madrugada, sudaba un poco, giraba. Y terminaba bebiendo un trago frente al

televisor, aprendiendo sutilezas de actores y locutores.

De repente descubrió que no recordaba a Gertrudis y la llamó. Ella le habló algo sobre una enfermedad, pero la escuchó sin comprender.

¿Quién era ese Wolf que daba nombre a su calle?

3

Una mañana encontró en su auricular de la oficina el mensaje de un compatriota. Vivía en este país desde hacía tres años y estaba orgulloso de que él hubiese sido elegido por tan famosa empresa. Lo invitaba a celebrar, y le dejó un número.

Pero Emilio no quería nostalgias; un mundo nuevo lo invadía y tanto en las actividades cotidianas como en su contacto con otros jefes comenzaba a encontrar verdaderos tesoros de información insospechada, de perspectivas para su propia rutina anterior. Hasta la idea de hablar en su lengua le molestó.

Aceptó en cambio todas las invitaciones de sus colegas: una reunión con familiares suyos y niños en el parque; la visita a una casa, donde el dueño, viejo y fuerte, tocó un piano como si estuviera en un burdel, saltando y gritando.

Ya ha comprendido que la empresa constituye algo como una pequeña ciudad. Un bus lujoso hace el recorrido entre las casas y las edificaciones. A Emilio le gusta caminar, y por las tardes o las noches regresa dando largos rodeos. El bus desaparece al atardecer y su trayecto diario es fijo, limitado. Apenas ha visto uno que otro taxi, mientras tremendos dirigibles publicitarios recorren el cielo de primavera, siempre asaeteado por aviones. Alguien le ha hablado de los trenes de la costa, veloces y confortables, pero ¿por qué tienen rutas tan alejadas de su centro de

trabajo? También hacia la costa están las grandes y famosas ciudades que, absorbido por el trabajo y su rutina novedosa, no ha visto todavía. Gradualmente comprende que aquí no se acostumbra el transporte público: todos poseen uno o más autos. Y comenzó a considerar la posibilidad de comprar el suyo (que, según los compañeros de trabajo, vendería fácilmente cuando se fuese), pero sintió desconfianza -¿no perdería dinero con esa inversión, al final?- y justo entonces aparecería Mavis.

Todo es tan limpio que un día vio una mosca cerca de su jardín y creyó que las leyes físicas se alteraban. Así lo comentó a Kan, el primero de sus recientes amigos. No esperaba que su frase se convirtiera en chiste. A la hora de almuerzo, Kan lo repitió ante Shigeishi y Armin. Aquél confesó que meses atrás había encontrado una bolsa plástica, vacía, que el viento movía como a un fantasma. Los niños de su calle salieron a ver aquello, un fenómeno. ¿No llegaría a matar a esta gente la manía de la limpieza? Kan era turco, y en su ciudad natal -Ankara- la basura, algo normal. Todos volvieron a reír.

Al regresar a casa, en la noche, Emilio recordó la escena y se rió solo. Bajo ese humor sonó el teléfono.

-Queremos invitarte a una fiesta, el sábado.

-Con gusto, ¿dónde?

-Te recogeré yo mismo a las nueve. En una población cercana, por la costa.

-¿Algo formal?

-Ya sabes que aquí nada es formal, puedes ir como quieras. Pero el local es elegante.

Era uno de sus superiores, quien añadió:

-Tus amigos del departamento no están invitados.

Una deferencia. ¿O el azar? Aunque todos los directivos de la empresa habían nacido en este país, numerosos gerentes y jefes resultaban extranjeros. Como Shigeishi, que venía de Japón y Armin, de Suecia. No,

tal vez en aquel momento no pensó que lo habían elegido por azar; se consideró un privilegiado y durmió contento.

4

Burt, su jefe inmediato, parecía vestido como si viniera de la oficina, excepto por una chaqueta clara. Emilio añadió un chaleco negro a su camisa azul y decidió que así estaría presentable en cualquier ambiente. Pero el local, la sala de fiestas de un hotel, era imponente. Ocuparon una mesa muy iluminada a la cual llegaron otros miembros de la empresa, algunos con sus esposas e hijas.

Todos comenzaron a beber con ganas. Emilio prefirió hacerlo discretamente, no quería meter la pata. Ignoraba qué celebraban. Una hora después las luces disminuyeron y la gran orquesta –que surgió desde fondo del salón– atacó un repertorio internacional. Burt salió a bailar y le hizo alguna seña.

Emilio pidió permiso y caminó hacia la barra. Obedeció al impulso de beber violentamente un fuerte trago. Mujeres hermosas hablaban entre ellas y lucían trajes vistosos. Volvió a su mesa; calculó las conversaciones, la bebida, la alegría. Cuando regresó a la barra ya sabía que todos allí eran parte del personal de la empresa, de diversos niveles, y que mucho de su suerte consistía en ser libre aquella noche. La fiesta comenzaba a volverse maravillosa. Después, en los últimos pasos de la madrugada, tendría un raro recuerdo; pero ahora, sobre estas superficies lustrosas y dentro de la música enervante, le parece recordar que no está en el gran país sino en una fiesta antigua, provinciana, donde todos quieren emborracharse, enamorarse o perderse.

Bailó con cuatro mujeres: Mavis, enloquecida por el ritmo y por fumar. Con ella las interrupciones servían para un amable

y excitante asomo profesional. Un gran hallazgo: supo que la empresa realizaba tres fiestas así durante el año.

Elizabeth, de largo pelo, botas y muy sensual. Bailaba hasta con la boca. En algún momento le confesó que acababa de dejar a su novio: un gringo que meses atrás le ofreciera matrimonio, pero que el día anterior llegó pidiéndole ayuda porque su amante lo había amenazado con un rifle.

Mary, alta y rubia, quien se adelanta a pagarle una copa. Susann (“Te ví bailando y me gustó”), quien había ido a su mesa, le habló y lo tocó como si el deseo la extraviara.

Pleno, en algún momento Emilio, siguiendo los gestos de Burt, decidió beber como él. Olvidó su discreción y dejó que el whisky se encargara de su espíritu. ¿Cuánto bailó? ¿Hasta qué hora? ¿Cómo volvió a su casa? Si realmente las actividades en la empresa le ofrecían satisfacciones y aprendizajes, esta noche adquiriría una entereza jamás prevista: pertenecía a este país, se sentía estimado y capaz de entrever un gran futuro con las mujeres. Estaba hecho.

Tal vez despertó a las cuatro de la mañana; su cuerpo creía tener a una de las chicas. O quizá no despertó por completo, pero pudo haberse dicho que la dolorosa plenitud de estar solo (sin sexo, sin lenguaje) le estaba haciendo daño. Había permanecido todo un mes como desnudo y de pronto comenzaban a pegarse en él (¿dónde?) pequeñas cosas concretas, banales, que se erigen con presencia propia y le hacen sentir que ocupa un sitio.

Cuando a las dos de la tarde sonó el teléfono y creyó despertar, aún mantenía ante los ojos aquella escena de su infancia que había olvidado por completo. Nunca fueron ricos, el negocio de su padre permitía a la familia un bienestar simple. También su ciudad natal estaba sobre el mar y en la infancia le parecía muy grande. Una muchacha de las

afueras venía con su hermanito de doce años a ayudar. Cuando regresaban a su casa por las tardes, llevaban un pequeño paquete con comida que su madre les obsequiaba.

Pero en una ocasión, a Emilio y sus hermanos se les ocurrió una travesura: Diego, el chico, estaba solo, tal vez su hermana habría salido antes. Cuando el muchacho se iba lo invitaron a jugar; él se negó, pero lo obligaron: le ataron un pañuelo sobre los ojos, le dieron mil vueltas hasta marearlo, ocultaron el pequeño atado con comida y se escondieron.

Emilio vuelve a sentir que el corazón y las sienas baten. El teléfono insiste. ¿Por qué aquella torpe maldad? ¿Por qué recuerda eso tan sucio? Salta de la cama, el boxer le aprieta el sexo.

5

El auricular está en la mesita, junto a su cama. Se devuelve y lo toma. Nadie. Pero el sonido insiste. Va hacia la sala. No es el teléfono, es el timbre de la puerta. Todavía con la ansiedad del recuerdo –o del sueño– abre la puerta sin pensarlo. Dentro del sol radiante está una mujer.

-¡Emilio! ¿Cómo es posible? Usted está desnudo.

Es tan alta como él, inmensos los ojos negros que parecen absorber la luz; la piel tostada, los senos a punto de saltar desde la clara blusa.

-¡Vístase, que nos vamos!

Ella entra como si conociera la casa. Emilio obedece sin hablar: cepillarse los dientes, un baño rápido, dentro de la resaca. ¿Quién es ella? Mientras lo sacude el agua helada pasa revista a las últimas horas: no es la rubia que le pagaba las copas ni la... Y entonces llega por la puerta abierta el olor de un cigarrillo. ¡Esta es la mujer que lo trajo anoche a casa! ¿Cómo se llamará? No ha terminado de

vestirse cuando la escucha desde la cocina: -Hay una persona que puede venir a hacerle limpieza, ¿le gustaría?

El tono es amable y nada más, pero le llama la atención que lo trate tan formalmente. ¿Lo hacía así mientras bailaban?

-Probablemente usted no recuerda mi nombre. Soy Mavis, al despedirnos quedamos en que yo lo recogería hoy para dar un paseo.

La mujer conduce con prisa y cuidado. Parece haber nacido dentro del vertiginoso tráfico, que sacude las vías apenas salen de la zona reservada. A su lado ella lo hace sentir súbitamente bien, fresco y descansado.

Conversan con agilidad. No se habían visto porque ella trabaja en el otro extremo de la empresa. Y vive en una población próxima, está casada. Quizá posee el mismo nivel de Burt, porque le revela que fue éste quien le habló de sus excelentes condiciones para el trabajo. ¿No fue elegido por azar para la fiesta, entonces?

-Claro que sí, la empresa hace cosas así. Pero no es azar que nos hayamos conocido y que estemos juntos.

Y le colocó suavemente su mano sobre la rodilla.

Emilio va atentísimo a las rutas, al paisaje de colinas y casas que surge ante él, pero también a la vivaz charla de ella, dulce y vibrante, a sus magníficos ojos que lo envuelven por segundos. Tal vez en menos de una hora arriban a una calle de fachadas coloridas, que termina en el muelle. Caminan un poco, Mavis va guiando. La población se llama Corona del Mar o algo así. Están sobre un pequeño acantilado y entran a un bar. Desde su mesa el mar se despliega como un rumor.

Mavis solicita al empleado un cocktail del lugar. Se lo describe: licores mezclados, frutas y una sombrillita de papel encima. El pide lo mismo. Un sabor hawiano los recorre.

¿Es por la hora? El Pacífico parece inmóvil, petrificado. Tonalidades grises que se alejan hacia el horizonte. No desea comparar: ¡sus azules de esmeralda!

Después van hacia el pequeño muelle. Comen cosas del mar y él bebe tres whiskies. ¿De dónde ha salido una mujer como esta? Serena y segura, de risa entera.

Atardece cuando vuelven a su casa; Emilio cree vivir por momentos como dentro de la envoltura de un regalo: él es el regalo. Comienza a desvestirla apenas cierra la puerta. El cuerpo de la mujer huele divino, como las hojas que cubren las calles cercanas: a eucalipto. Y en su boca la huella de los cigarrillos es dulce, lo lanza hacia su pubertad. En el borde de la cama levanta sus piernas, penetra en ella mientras la besa; como siempre, el efecto de la noche anterior lo exalta, lo nutre, lo vuelve poderoso. Quiere detenerse así para siempre. Entonces ella ondula.

6

Si durante las primeras semanas, al quedar solo, el tiempo parecía interminable y roía algo suyo que desconocía, ahora el segundo mes ha volado. Casi podría decirse que las horas no le alcanzan. No sólo por las sesiones con sus asistentes, sino porque debe asistir a reuniones con superiores, como Burt. Y hasta abordó en varias ocasiones los trenes del Amtrak Service, para observar trabajos en campos de aplicación y en universidades.

Para alguno de estos recorridos contó con Armin o con Shigeishi. Pero, como alegre proposición de ellos, acordaron verse durante una tarde fija –si se podía- en Tortilla flat, el primer bar que marcaba los límites, fuera de la empresa.

Durante esos encuentros –realmente no fueron muchos en el semestre- siempre estuvieron los cuatro amigos. Kan, de

mirada clara, escondía tras de sus chistes y picardías un carácter de niño. Vivía con otros empleados solteros y añoraba a una chica de Ankara con quien soñaba casarse. No hubo ocasión, a partir del tercer trago, en que no hablara de ella a borbotones. Al final de las sesiones Emilio creía escucharlo susurrar que la deseaba especialmente por detrás, pero tampoco Emilio estaba ya seguro de lo que oía.

Shigeishi, delgadísimo y con ropas descuidadas, debía ser el mejor de todos: con discreción japonesa comentaba las cosas de los otros y su aguda inteligencia siempre proponía algún detalle lógico e inesperado. Armin tenía que ser alguien aristocrático: podía expresarse en varios idiomas y no le importaba ir a veces a la oficina y al bar con unos shorts tan mínimos que por la manga se le asomaba una bola. Motivo de burlas para Kan.

Esas reuniones ocurrían normalmente los viernes y cuando Emilio emprendía su acostumbrada caminata hacia la casa, bajo los eucaliptos de los senderos, no recordaba a sus familiares ni a Gertrudis. Iba evocando las rutas que sus tres amigos acababan de tomar: como si pudiera vivir las cosas de ellos, como si en medio de la noche él recorriera los destinos de los otros.

Una vez, desde el bar, Emilio vio a Mavis bajar de su carro con alguien. Ninguno de sus amigos conocía acerca de sus relaciones; los cuatro la vieron al mismo tiempo.

-I would fuck her –dijo Kan.

-Would you? –sonrió Armin.

7

El bus, la oficina, las caminatas, los amigos en Tortilla flat, el dinero en el banco. Una parte suya, de penumbras, en otro lugar. Lo demás, todo, es Mavis. Nunca se pregunta cómo puede pasar tantas horas y, a veces,

noches con él. (¿O no es tanto tiempo, apenas rendijas en la semana?)

Dos días después de la mutua entrega, ante un malestar de estómago, ella le dijo:

-Elija sólo comidas y frutas parecidas a las de su país.

Y fueron al modernísimo mercado.

Vino la chica que limpiaba casas. Con sólo un gesto, Mavis reordenaba todo. Cuando fue necesario, lo llevó a la barbería. Asistieron a cines, a tiendas. Ella quería que tuviera ropas nuevas y le sugirió ir comprando regalos para las personas que lo esperarían. Volvieron a bailar en pequeños bares predilectos de ella. Emilio sospechaba que, además de trabajar en la empresa, Mavis tenía vínculos con varias universidades. Aunque nunca hablaron de su esposo y sus hijos, ocasionalmente ella aludía a tareas docentes. Sin duda Mavis practicaba una vida intelectual que él desconocería siempre. Por ejemplo, cuando una vez recibió su respuesta instantánea:

-¿Quién será este Wolf de mi calle?

-Un compositor. Las calles de esa parte tienen nombres de artistas.

También cuando, conduciendo hacia un Parque de la cercana y gran ciudad, ella comentó:

-¿Se ha fijado en las palmeras de aquí? Las recortan o les hacen un moño. ¡Qué horror! Supongo que en su país crecen libremente.

Y era verdad: algo le había molestado en sus semanales paseos con ella, cuando a los lados de las autopistas aparecían las matas como atrapadas. ¡Les amarraban las palmas! Y nunca se dio cuenta exacta de eso, hasta que ella lo dijo, protestando.

Ya habían visitado playas y poblaciones como Laguna Beach, Balboa, Venice.

Bebían cervezas, hablaban, se besaban. Una noche ella se enfureció porque, antes de regresar, Emilio orinó sobre la llanta del carro.

Pero tal vez, creía él, lo que más gustaba a Mavis eran aquellos encuentros de los

sábados o domingos en su casa. Para ellos, él se aprovisionaba de licores y comida. Ella entraba, como si todo la esperara. Una flor. Mavis debía estar en la mitad de los treinta; y él iba hacia los cincuenta. Una pareja ideal. Normalmente acababa de pasar el mediodía y ella estaría con él hasta la noche. Sólo olerla despertaba su erotismo.

Empezaban en el jardincito, ya desnudo él. El pequeño muro impedía que los vieran. Y además, el fin de semana casi nadie transitaba por allí. Las duraderas flores le hacían marco a ella, que se sentaba en una de las mecedoras blancas. Traía ropa suave de colores vivos. La boca muy pintada y los ojos resaltados por un borde azulado. Desde la hierba, la besaba. Ella le acariciaba su sexo por un momento. Respondía súbitamente. Él se para y ella lo coloca por un instante dentro de su boca. En ocasiones volaban a la cama para la primera entrega. Otras veces permanecían conversando.

¿Qué cosas no se dijeron? ¿Qué asuntos no tocó ella?

Una vez:

-¿Sabe? Cuando me viene la regla me siento como una gran gata.

Otra vez:

-¿Qué haría usted si alguien amenazara con detener su edad? ¿Y si lo lograra?

Y una noche, después de haber bebido y hecho el amor, mientras él se adormecía acariciándola, hablaba de sí misma, como ocurría raramente, y pasaba a otros temas y se callaba y volvía a murmurar.

-Creo que nos separamos muy temprano de nuestros hijos, en este país los chicos se van demasiado pronto. ¿Tendrá eso que ver con tanta gente alcohólica? ¿Ha visto usted? No, no ha tenido ocasión. Los padres jóvenes quedan solos y la gente comienza a beber. Tenemos un alto índice de incesto. No creo que esto se relacione con lo anterior. O tal vez sea un motivo causado por... El país es muy

grande, somos la diversidad. Las capitales son tumultuosas y aislantes. Por aquí vivimos como en puros contornos o en una mixtura. Y esta casa puede ser un espejismo. No nos correspondemos con lo táctil sino con la exhibición. Demasiados dorados y brillos. Políticamente, el lugar más reaccionario, pero todos nos consideramos de izquierda. El individuo es un absoluto, hasta tal punto que desaparece como ser real. Vivimos como en un espectáculo continuo...Y sin embargo, vamos a la cabeza del mundo. ¿Hasta cuándo? ¿Le dije que el próximo año participaré en un trabajo político? ¿Qué murmura usted...? ¿Qué huelo a eucalipto? No, quien huele así es usted. Mi perfume es...

8

Ese domingo fueron a San Juan de Capistrano. Para ir, manejó él. Cosa que hacía eventualmente. Una aldehuela turística y las ruinas del convento. Emilio creía que el lugar, tan mencionado en viejas películas de vaqueros, no existía. Pero Mavis que lo escuchó decirlo, se opuso e inventaron la excursión.

Al regreso, anocheciendo, Emilio sintió un fuerte deseo de ella. No habían bebido licores. Le hubiera gustado detener el auto y poseerla allí mismo, en un recodo bajo los árboles. Pero fue ella quien lo dijo:

-Vamos a su casa, quiero ser suya.

Y sin saber por qué, súbitamente, él le pidió que se detuviera. Ella lo hizo, sorprendida.

-Vete a tu casa, Mavis. Yo sigo solo.

-¿Por qué? ¿Qué le pasa? ¿Se ha vuelto loco?

Salió del carro y lo siguió. Lo abrazó por la cintura. El calló y se dejó conducir. Nada por explicar y ahora, tantos años después, pudiera decirse que allí en ese instante tuvo origen lo que haría en dos meses y que aún

no logra perdonarse. Hubiera querido decirle en aquel instante: "Tú regresarás a tu casa, yo estoy solo. Te pertenezco, pero no quiero hacer el amor. ¿Puedo negarme, verdad? ¿Puedo negarte lo que más deseas en este momento, no?"

9

Desde entonces se elevó el arco más intenso. ¿Cómo pudo Mavis no abandonar a su familia? En alguna ocasión él le había preguntado por ellos.

-Son magníficos. Mi hija sale este año a estudiar museología en Europa. Y el menor está terminando la secundaria. Son tan amorosos.

Hubo semanas en que se vieron casi diariamente. ¿Dónde estaba el joven esposo –así lo había definido ella? ¿Qué hacía? ¿Viajaba también?

Y entonces Emilio tenía un tiempo infinito para detenerse en la aréola de siena, para besar y chupar, girando en la cama, los pezones erectos. El familiar olor de las axilas perduraba cuando iba a las nalgas entreabiertas. La lentitud de su placer sólo tenía equivalente en los minutos de explosión casi simultáneos.

Hubo una noche en que durmieron y volvieron al orgasmo sin que él saliera de ella. Hubo algún día en que él debió retener el orgasmo para estar siempre preparado. Era insaciable y él existía para complacerla.

Por lo demás, la eficacia en su trabajo, al final de los meses, cuando recibió un documento de reconocimiento, hizo que Kan y Shigeishi, durante el breve acto, levantaron los dedos:

-¡Two thumps up!

Y Armin, el discreto, le susurrara, mientras bajaba del estrado:

-Te he visto con ella. Está allá, al fondo.

También fue Mavis quien, durante el último día, desmontó los utensilios, recogió las comidas

congeladas y le indicó dónde llevarlas, fuera de casa. Esta tenía que quedar impecable para el próximo huésped.

Curiosamente, esa noche última no estuvieron juntos. Mavis vendría a la mañana siguiente para recogerlo.

10

Este quizá sea el momento de abordar lo que Emilio hizo consciente en esa larga noche. Ayer se había despedido de los amigos, que permanecerían en la zona “esperándote siempre”, según dijeron a coro.

No, no podría negar el pesado lapso del inicio: solo, inconexo, enérgicamente dedicado al trabajo, sello que determinaría su aprendizaje, sus enseñanzas, su ascenso. Tal vez ese ánimo durara a través de todo el período y fuese lo que había molestado tanto en diversos momentos. Hasta inducirlo a prolongados ratos de sombrío humor.

Pero sobre todo eso, Mavis había iluminado su cuerpo, sus días. ¿Y si regresara a su país, cumpliera con el contrato y volviese a esta vida junto a ella? Mavis nunca le habló de retenerlo, de unirse a él por completo. Parecía feliz con su familia, pero ¿y si él le hiciera la proposición justamente ahora?

De algo estaba seguro: ya no podría vivir sin ella. Gertrudis, su país, lo de allá se había borrado. No volvió a usar su idioma excepto cuando habló –pocas veces- con Gertrudis. O al remitir un papel de trabajo. Se había perdido.

Despertó de repente, con el timbre, como hacía mucho tiempo. Tenía que ser Mavis. Abrió, la abrazó y la llevó a la cama. Ella protestó por su cuidada vestimenta, riéndose. Pero aceptó que él la desnudara rápidamente y en minutos hubo una entrega de incomparable fuego.

11

El último momento en que la vio ha persistido para siempre. Durante las primeras semanas, es verdad, ni lo recordaba, pero gradualmente fue apareciendo en ocasiones inusitadas. No con frecuencia obsesiva, pero si fulminantemente. ¿Qué hizo? ¿Por qué lo hizo? ¿Se debió a que terminaba el lapso de su estancia? ¿A que hubo un súbito recuerdo de Gertrudis, de su pasión infantil y dulce esperándolo? Quizá fuera una manera de aceptar que Mavis sería –al alejarse él- algo de un mundo imposible. La imaginó regresando aquella vez, sola a su casa, en la terrible medianoche de las autopistas.

Lo persistente ha sido la sensación de culpa: había fallado: careció de algo en un minuto definitivo. Se había lanzado a un abismal borde de la existencia.

Cierto que al regresar a su país la llamó y ella atendió suavemente. Sin réplicas, sin reproches o acusaciones. Cerró el teléfono y entendió que jamás volvería a tocar aquel aire de ensueño que había sido Mavis.

12

Durante este último día, coloca su equipaje, ve un bolso grande de ella; venía preparada para pasar la noche en el hotel, como acordaron. Su avión saldría muy temprano, al amanecer.

Emilio condujo lentamente mientras salían de las áreas familiares. Los troncos de los eucaliptos marcando con sus cortezas pálidas y rojizas la avenida. Aceleró después, dentro del tráfico incesante.

Hablaban y se reían, sin aludir a la separación. Mavis le señalaba, comentando, rincones a donde nunca fueron y que ella visitaba con sus padres en la infancia. Cerca de cuatro horas duró la travesía. El cielo se había nublado un poco.

-Me encantan estas lluviecitas del verano –dijo ella.

La ciudad extensa a la cual arribara un semestre antes parecía una invención de neón, aunque todavía era pleno día. En parpadeos percibió esquinas de gente pobre, palmeras atadas y puentes y edificios como artificios.

Ahora los aviones casi saltaban sobre ellos. Revivió la impresión de su llegada. Mavis le indicó un atajo y salieron a cierta calle que conducía a uno de los grandes hoteles del aeropuerto.

Ella le sugirió dejar el equipaje en la recepción: con el horario de su vuelo lo llevarían directamente hasta su mesa de salida. El cargó el bolso de ella. En la habitación, silencio y confort.

Prefirieron acercarse al bar y hacer después una comida que sería almuerzo y cena. Mavis parecía inquieta. Sus ojos –creyó él- tenían una inseguridad desconocida. ¿Habría visto

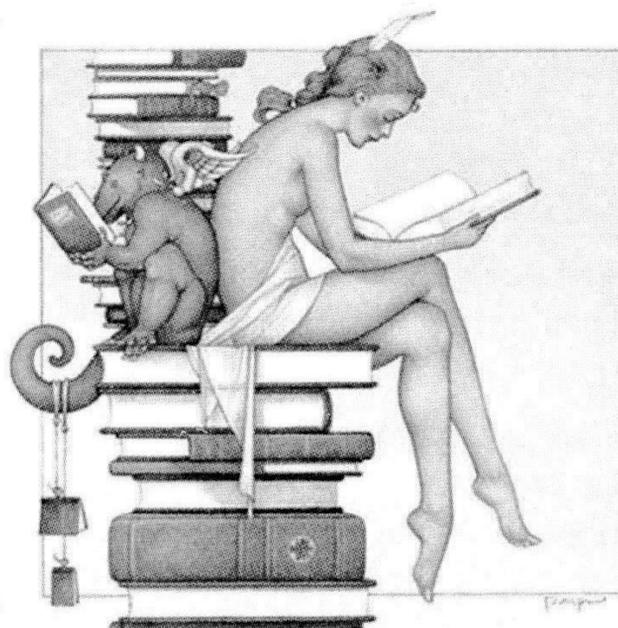
a alguien conocido?

Al volver a la habitación ella se bañó, mientras Emilio la contemplaba. Y así húmeda, la abrazó, jugueteando, besándola. En seguida se lanzó sobre ella como si buscara un tesoro en todo su cuerpo: mordía con dulzura sus dedos, sus hombros, su lengua. Estaban en un torbellino.

Al acabar pidieron una copa. Y él volvió sobre ella como si nunca hubiera conocido un placer igual. No podía hablarle, sólo la pasión materializaba aquel vínculo ígneo. Ambos estaban radiantes y un poco agotados; los ojos de Mavis parecían devorarlo.

La acarició un instante con suavidad, ella sonrió, y fue entonces, (¡cómo!) que Emilio saltó, se vistió rápidamente y huyó al aeropuerto, ingresó a su sala de partida, donde pasó la noche sentado en una de esas sillas impersonales.

Schoelcher, Martinique, 2005.



Lo que los hombres llaman amistad no es más que un pacto, un respeto recíproco de intereses y un intercambio de favores; en resumidas cuentas, una relación en la que el amor propio siempre se propone ganar algo.